"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO, PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO I	SAN JOSÉ, COSTA RICA, SEPTIEMBRE DE 1908	NUM. 5

José Mª Massó

El señor don José Mª Massó, Secretario General de la Sección Cubana, de la Sociedad Teosófica, dejó esta tierra el día 27 de julio del presente año. Su labor en la Sección fué tan entusiasta y activa, que en aras de ella dió hasta su salud. Los últimos años de lucha transcurrieron para él entre si perdía ó no la vista, que se apagó al fin, sin que por ello se alterara la bondad de su alma, ni sufriera desmayos su paciencia inagotable. En esta República dejó sentimientos imperecederos de fraternal amistad. La correspondencia sostenida con él hace pensar en una humanidad ideal: en la de un futuro quizás no muy cercano. Pero, de más valor que todo cuanto pudiéramos decir nosotros, por creérsenos tal vez parciales, es la noble manifestación del diario *El Cubano Libre* refiriéndose al que en su patria supo ser tan útil á la causa del adelanto; dicha manifestación es como sigue:

JOSE M. MASSO

«El día 27 de julio próximo pasado ha bajado á la tumba en la ciudad de la Habana, el señor José María Massó, entusiasta propagandista de las doctrinas teosóficas en la Isla de Cuba é ilustre Secretario General de la Sección Cubana, de la Sociedad Teosófica Universal.

Era el señor Massó hombre de inteligencia cultivada, de vastísimos conocimientos, de noble corazón, y poseía una alma de justo, que no manchó jamás con los tintes repugnantes del odio, ni del egoismo, ni de la maldad, ni del vicio.

En él todo era franqueza; no se necesitaba conocer de antiguo al señor Massó para tener en él un amigo sincero y un compañero leal, pues bastaba solamente hablarle una vez para reconocer en él las condiciones excelentes de un hombre como no hay muchos, condiciones de un hombre superior.

Como orador era de los que convencían con esa palabra inspirada siempre en el bien de la humanidad; como caballero poseía una conducta inmaculada, y como ciudadano laborioso y honrado trabajó durante toda su vida para constituir y sostener un hogar dichoso y felíz, en el cual reinaban la paz sin límites, el amor sublime y la concordia inagotable.»



Y por nuestra parte, y para terminar, enviamos nuestro fraternal saludo á la Rama Annie Besant, de la que fué el señor Massó Presidente, saludo extensivo también á los deudos del mismo.

LA REDACCIÓN

El orden es la vida

Por encima de la realidad visible, del ignorado mundo de la fantasía y de la mente, trascendiendo al sentimiento mismo, brilla el espíritu de orden, como suprema expresión de lo divino.

La desafinación es caos, la armonía es concierto y orden.

No me habléis de lógica: es cosa, acaso rancia. No me declaméis sobre moral: es harto obscuro asunto. Contadme, sí, con notas de Beethoven ó de Wagner, la universal ley que todo lo regula.

Lo que solemos considerar como Moral es cosa ínfima, porque ínfimo es cuanto se quiere hacer exclusivo patrimonio del hombre, sin extenderlo al Universo. Lo que calificamos de Orden es inmensamente mayor. Encausa y dirige á la naturaleza toda.

Los astros, los átomos, el éter, la planta, el animal, el Cosmos, no son ni morales ni inmorales, son simplemente, fruto y testimonio del Orden en la Creación. Con genuina nitidez lo reflejan.

Eso que para el hombre, ¡para el hombre sólo!, llama Moral el vulgo, no es bueno por moral, es bueno porque ordena y encamina hacia sublimes ó

trascendentales objetivos. Es bueno porque afina con la ley natural reguladora. El orden lo es todo, la Moral es de él sólo una parte muy pequeña.

La moderna matemática ha sacado del espíritu de orden sus lucubraciones más brillantes. Las coordinaciones, permutaciones y combinaciones, han sido el prólogo del binomio de Newton, luego de las fórmulas de Taylor y Machaurín, y en fin, de la teoría de las variables y derivadas, que adquieren vida real en las aplicaciones de la Mecánica, con sus infinitamente pequeños diferenciales, clave muy probablemente de la vida.

El orden nos ha traído esa Geometría por partida doble, basada en los conjugados armónicos, en los que el punto, la recta y el plano se conjugan á su vez, en una mentalísima biología.

El orden en la experimentación nos ha proporcionado prodigios en la Física, y revelaciones estupendas en la Química. Mendojolof puso en orden los pesos atómicos de los cuerpos, y halló á estos últimos clasificados por sí propios en sípicas familias.

El espíritu de la serie matemática, ha traído las series de la química biológica, gobernadas con todo orden por los compuestos fundamentales, hidrocarburo, alcohol, aldehído, ácido, cetona, etc., series concatenadas unas con otras, cual en el mundo se suceden las horas y los días en serie indefinida.

¿Qué es nuestra vida? Una serie de series. Una cadena de cadenas, en que la noche psíquica turna con el día, con ese raudo girar de cuanto evoluciona y ese oscilar continuo entre la acción y la reacción, que en nuestro paupérrimo cretinismo llamamos placeres y amargura, reantismo é ilusión, muerte y vida.

¡Con qué exquisito orden no se operarán en Geología las sustituciones determinantes de las llamadas formas pseudomórficas, cuando la pirita, por ejem-

plo, llega á suplantar á más de veinte minerales diversos, respetando las más nimias apariencias de su forma, color y contextura!

Nadie ha explicado aún satisfactoriamente este fenómeno misterioso en que la esencia cambia sin que los accidentes se modifiquen!

¡Con qué orden tan excelso se operan también todos los crecimientos, los cambios más esenciales en la naturaleza!

Dejad que un líquido turbio se serene y veréis que fina separación se establece entre las sustancias disueltas por el orden de sus densidades respectivas.

Depositad en tierra adecuada una semilla y ella lentamente evolucionará, desarrollando sus órganos esenciales, en un orden perfecto que atiende á la conservación de la planta primero y á su reproducción después.

Por extrañas coincidencias en el lenguaje, que pocos ó ningún sabio se explican, le denominan *órdenes* á todas las concretas impulsiones de la voluntad, cual si esta facultad, superior á todas por creadora ó destructora en las más altas realidades del Cosmos tuviese su alimento.

La idea del desorden es algo equivalente siempre á las de perturbación, fealdad, repugnancia, miseria, tristeza, atonía, afeminación, maldad, caos, muerte, destrucción y ruina. La universal patología de todo lo morboso en sus infinitas graduaciones, nada abarca que del orden no sea transgresión. Las ideas de realidad ó quimera, verdad ó mentira, belleza ó deformidad, bien y mal, por el orden ó por el desorden definitivamente se caracterizan.

Por eso la moral misma debiera estudiarse cual un capítulo del Orden Universal. Aunque la idea nos parezca baladí, y aunque repugne á nuestros tradicionales prejuicios, es lo cierto que empequeñecemos á la moral como regla de conducta, no po-

cas veces, haciéndola depender, no del Orden y la armonía, sino de la rutina que entraña la etimología de la palabra *mos moris*, lo sabido, lo trillado, lo vulgar, *lo que se lleva ó se usa.*

Nadie habrá que cometa la ligereza de creer que pedimos el absurdo de que desaparezca la moral, ni de que nos metemos en ese *feo asunto* de si la Cristiana, ó la de Holbach, ó la de Budha, ó cualquiera otra es la única verdadera. Tal vez hablemos de leyes *inflexibles* por hablar de leyes incomprendidas.

La Ciencia debe respetarlo todo, pero ser esencialmente crítica, sin sectarismos ni prejuicios.

M. Roso de Luna

INDUISMO

Las civilizaciones más remotas de la India tuvieron por fundamento ideales tan opuestos á los que el Occidente ama y cultiva, que no deben causar extrañeza las desafinaciones en que á menudo incurren nuestros más afamados hombres de ciencia cuando respecto de ellas especulan. Sus conclusiones falsearán siempre por la base, en tanto que no se vean obligados por la evidencia á admitir que, realmente, existió el gran período del adelanto de los Ramesidas; aquella edad de oro que la fábula menciona, y que en las ocultas tradiciones se conoce por el Ciclo de Ram, ó del Cordero, cuya influencia fué tan penetrante y animada de una espiritualidad tan viva, que se infundió más tarde entre los antiguos pueblos Arios, Indos, Tibetanos, Persas, Egipcios, Griegos, &, y subsiste aún, como preciadísima perla, oculta entre símbolos, mitos y leyendas sagradas.

Es ciertamente difícil el juzgar con acierto de aquellos días del adelanto en que las energías más elevadas de la mente se hallaban subordinadas á las direcciones de nuestra naturaleza superior, á la conquista de la Sabiduría verdadera, por quienes ahora

lo sacrifican todo á las comodidades materiales, haciendo un culto de la indiferencia, ó entregándose inermes en brazos de las supersticiones más absurdas é inexplicables. Los modos de ser de las civilizaciones de aquellos remotos tiempos resultan un laberinto sin salida, cuando para penetrar en sus arcanos carecemos de un hilo que nos guíe, el cual se ha ido extendiendo edad tras edad, y de cuyo auxilio no puede prescindirse sino cuando el raciocinio tiende sus alas, desapasionada, libre y sinceramente, por el sereno espacio de la analogía, de la síntesis, del sentido intuitivo, y á su clara luz considera las enseñanzas que nos ofrecen los admirables restos que nos legara aquel pasado inmortal. De entre ellos, en cuanto á literatura, pueden citarse los Vedas, los Puranas, los Uppanishad, el Mahabharata, el gran Código Manava, cada una de cuyas obras bastaría para corroborar el concepto mantenido por escritores contemporáneos, como Le Bon, de que no han sido superadas, no obstante que algunos de ellos las encuentren—á causa de no poder asimilarse su espíritu—nebulosas, intrincadas é incomprensibles.

Dice el citado autor respecto de los Uppanishad: «su audaz filosofía no ha sido jamás aventajada, y es preciso reconocer que la India acometió hace dos mil años los grandes problemas que el Occidente no ha puesto á discusión hasta hace un siglo, y que no retrocedió ante las más atrevidas soluciones.» ¿Pero, sabía Le Bon que existen muchos tratados del Uppanishad completamente desconocidos para el Occidente?...

Mas, si los restos literarios de la India encierran tan capital importancia, por cuanto en ellos se hallan contenidos los elementos fundamentales de la filosofía, del derecho, de la ciencia, de las ideas y los mitos religiosos de la antigüedad, ¿qué se podrá

deducir de aquellos otros que revelan sus grandiosas concepciones artísticas, y son el complemento de dicha literatura? Dice así de ellos el mencionado autor:

«El arqueólogo que visitase la India sabiendo sólo de su pasado que lo llenaron varias civilizaciones pujantes, se admiraría de lo que vería allí, y más aún quizás de lo que no vería. De la civilización más antigua, de aquella cuyos principios son anteriores en quince siglos á nuestra era, (*treinta siglos antes de la misma, ya había, según otros datos, entrado dicha civilización en su decadencia*), «y de la que las obras literarias cantan el poderío, ni una piedra ha guardado el recuerdo.» (*Con perdón de Le Bón, añadiré: para la generalidad de las gentes.*) Y prosigue diciendo el mismo: «De la civilización que sucede á ésa, después de más de mil años de elaboración, no se encuentran sino vestigios, suficientes para demostrar su grandeza, pero insuficientes para explicar su historia.» «Cuando aparecen bruscamente. (*¿Por generación espontánea?*) los monumentos, tres siglos apenas antes de nuestra era, se presentan con un grado de perfección que en el transcurso de los siglos no aventajarán»...

Y en efecto, será suficiente, no ya el poder contemplar los originales, sino una reproducción cualquiera de la balaustrada de Bharhut, recargada de relieves prodigiosos, los grupos de estatuas del templo subterráneo de Dumar Lena, con sus columnas imponentes y llenas de adornos de esquisito estilo; del interior del gran templo de Elefanta, de los de Badami, con sus colosos, y sus pilares filigranados; del templo monolítico de Mahavellipore, ó de los inimitables pilares de la gran pagoda de Vellore; de los primorosos adornos que enriquecen los pilares monolíticos y las cornisas del templo de Vitova en Bijanagar; ó de la gran pagoda de Madura, y sus

gopuras; de los bajorrelieves de Amravati, etc., etc., para quedar plenamente convencidos del grado inmenso de adelanto, y de los muchos siglos de gestación que debieron anteceder á la aparición de Arte tan maravilloso.

Pero el misterio, si así puede llamarse, del gran Arte Indo, consiste menos en lo que revela á los ojos que en los destellos de luz que se contiene entre la inagotable profusión de sus símbolos. La forma es en él lo secundario, con ser tan prodigiosa; lo accesorio; la expresión material y obligada de aquella Sabiduría oculta que algún día volverá á iluminar la tierra, como reflejo de la que siempre reina en los cielos prometidos, cuyo imperio reclama el sentimiento interno de lo justo, que el alma presiente, y solicita con voces imperiosas la conciencia.

Pero todavía, para poder juzgar con verdadero acierto del grado efectivo de cultura alcanzado por una época cualquiera, de su verdadero adelanto, puede ser empleada una balanza más exacta que la ofrecida por la literatura y las artes, cual es la que nos demuestra el conocimiento de los impulsos de abnegación que en ella lograron predominar. El Arte puede ser suntuoso, sublime, y estar subordinado al carro dominador de las tiranías y la injusticia, de los vicios y la ruindad moral. Puede revelar el fino y perspicaz intelecto del artífice, el refinamiento de su sentido estético de la forma, su cultura é inspiración, y todo ello estar sirviendo de pedestal al sórdido egoísmo. Así que, solamente cuando la abnegación llega á ser eje de todo el movimiento de la vida social de un pueblo, cuando los sentimientos y las ideas de fraternidad y amor forman su alma y culminan en las direcciones de la filosofía, en la religión, las leyes y las costumbres, es cuando podemos adquirir la evidencia de que allí se alcanzaron las cumbres del adelanto. ¿Y ocurrió todo lo dicho

en la antigua India? Vamos á verlo demostrado en un fragmento del Mahabharata, el de la bajada de Yudhichthira á los infiernos. ¿Habrá necesidad de indicar que aquella bajada y los tales infiernos son una alegoría, y que no guardan conexión alguna con los predicados por el dogma cristiano? Sería ofender á nuestros lectores ilustrados. Pero antes, séame permitido indicar la opinión que á César Cantú le mereciera el gran poema indo. Haciendo suyas las apreciaciones de un erudito autor inglés, dice: «El Mahabharata es la epopeya más colosal de todas, y sobrepuja tanto á la Iliada, á la Odiséa, á la Jerusalem libertada y los Lusiadas, como las pirámides de Egipto á los templos griegos».

«Yudhichthira,—príncipe de los Pandavas—desde el fondo del empíreo, seguía con rápido paso al mensajero celeste. ¡Qué siniestro descenso! ¡Qué horroroso viaje! Aquello era el refugio de las almas culpables, envuelto por sombrías tinieblas, cubierto por una vegetación impura, exhalando el olor pestilente del pecado, de la carne y de la sangre. Eran lugares llenos de miles de cadáveres, sembrados de osamentas y de cabelleras, infestados de gusanos y de insectos, de donde brotaban devorantes llamas, donde se cernían cuervos, buitres y otros monstruos alados que se arrojaban sobre las montañas de cuerpos mutilados y privados de pies y manos.

«En medio de esos cadáveres y de ese olor fétido, iba el rey, los cabellos erizados de terror y desolada el alma. Ante él un río infranqueable deslizaba sus ondas ardientes y un bosque de cuchillos agitaba sus aceradas ramas; rocas de hierro, cubas llenas de leche y aceite hirviendo, mortíferos zarzales ofrecían más de un suplicio para los perversos. Turbado por aquellos miasmas funestos Yudhichthira iba á retroceder, cuando estas palabras lastimeras se elevaron de los abismos de la noche: ¡Ay de mí! Mo-

narca ilustre y justiciero, detente un instante á consolar nuestras penas. A tu alrededor ondéa como un céfiro delicioso; es el perfume de tu alma piadosa; él nos vuelve á la calma, esa calma esperada largo tiempo. Quédate aquí, potente hijo de Bharata, quédate, pues, en tu presencia, cesamos de sufrir». Vivamente conmovido por estos lamentos, el héroe suspira; no le era posible distinguir en su expresión dolorosa esas voces queridas y oídas tan frecuentemente.

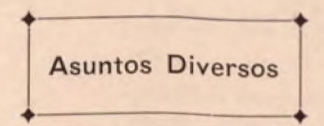
«Al fin las reconoce, y de pronto iluminado, consternado, interrogando á la justicia divina, agitándose en el seno de esa atmósfera asfixiante, grita á su mensajero: «Ve, remonta hacia aquéllos cuyas órdenes cumples: en cuanto á mí, renuncio á volver; los que amo están aquí: viviré cerca de ellos, y viéndome, sufrirán menos». Oyendo el guía estas palabras, vuelve al palacio de Indra y explica al amo de los dioses la voluntad del descendiente de Bharata.

«Después que Yudhichthira hubo estado algún tiempo en la región de los castigos, Indra, Yama y todas las demás divinidades descendieron al abismo infernal. Enseguida la luz emanada de tantas virtudes reunidas, disipó las tinieblas, y cesaron las torturas de los perversos. No más río inflamado, bosque espinoso, lagos de fuego, rocas de bronce; no más cadáveres horribles; un viento dulce y embalsamado se levanta sobre las huellas de los dioses: el infierno fué iluminado por el radiante brillar de los cielos».

He aquí el espíritu de la civilización de la antigua India; la síntesis de los más nobles sentimientos y sabiduría expresados en una leyenda simbólica, por medio de la poesía más delicada y sublime, cuyo sentido pudiera expresarse así: Todas las miserias de este lugar inferior, en que se debaten los seres, serán extinguidas cuando el hombre, el ser

que alcanzó el conocimiento de sí mismo, se considere uno con todos los que sufren y les preste el auxilio de su amor, hasta dar por ellos su tranquilidad y su dicha; porque su ejemplo será imitado, y llegará el momento en que los poderes más elevados acudan en su auxilio y entonces la Luz vencerá á las tinieblas.

TOMÁS POVEDANO



Propaganda teosófica

El señor don Rafael de Albear ha sido electo por unanimidad de votos Secretario General para la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica. Reciba el apreciable caballero y amigo los plácemes de sus hermanos de Costa Rica.



En el próximo número se dará cabida á otro hermosísimo artículo de nuestro muy distinguido colaborador, el señor Roso de Luna. También se publicarán algunos interesantes escritos, respecto de los cuales nos han llamado la atención varios amigos.



Agradecemos vivamente á la Rama «Hiranya», del Uruguay, el estimable obsequio de su folleto *Práctica de la Vida Teosófica*, traducción de un artículo publicado por H. P. Blavatsky, en inglés, y por el momento tomamos de él lo siguiente:

ALGUNAS PALABRAS SOBRE LA VIDA INTERNA

«Sólo es divina filosofía la unión espiritual y psíquica con la Naturaleza, la cual, revelando las verdades fundamentales que yacen ocultas en los objetos de sensación y percepción, puede motivar una idea de unidad y de armonía, á pesar de la gran diversidad de encontradas creencias. La Teosofía, por tanto, espera y reclama de los miembros de la Sociedad, una gran tolerancia mutua y caridad de los unos ante las desventuras de los otros; afectuosa ayuda recíproca en la investigación de verdades dentro de cada aspecto—moral ó físico—de la Naturaleza. Y este criterio ético debe ser cuidadosamente aplicado á la vida diaria.

La Teosofía no ha de ser solamente una colección de verdades morales, un amontonamiento de ética y metafísica, compendiado en disertaciones teóricas. La Teosofía debe ser practicada y, por consiguiente, despojada de digresiones sin valor, que no son más que discursos huecos, ó á lo sumo, conversaciones gratas.

Que cada teosofista haga solamente su obligación, aquello que puede y debe hacer, y muy pronto, la suma de miseria humana, dentro y alrededor de la esfera de acción de cada una de las Ramas de la Sociedad, se encontrará visiblemente disminuída.

Olvidaos de vosotros mismos al trabajar para los demás, y la tarea llegará á seros fácil y liviana.

No os envanezcais por el aprecio y reconocimiento que los otros hagan de esa obra. ¿Por qué habría de dar ningún miembro de la Sociedad Teosófica, que se esfuerce por llegar á ser Teósofo, valor alguno á la buena ó mala opinión que su prójimo tenga de él

ó de su obra, desde el momento que sabe es ella útil y beneficiosa en sí y para los demás?»

. . . .

*
* *

Acusamos recibo del número 8 de la Revista «El Mensajero Naturalista» (de Buenos Aires, R. A.) correspondiente al mes de agosto próximo pasado. Esta publicación mensual, de estudios médicos y enseñanza popular, se refiere á los conocimientos que enuncia en la siguiente forma: Naturoterapia.—Higiene.—Aereoterapia.—Hidroterapia.—Bromotología.—Terapéutica, etc. De la muy escogida y original lectura de esta Revista, que va por el duodécimo año de su existencia, tomamos los trozos que siguen:

«En alguno de los artículos precedentes hemos dicho algo del aura humana ó cuerpo fluídico que el sér humano tiene, el cual guarda estrecha analogía y correspondencia con el cuerpo orgánico, afectándose recíprocamente.

«El cuerpo fluídico desempeña la doble función de llevar al alma el conocimiento del Universo físico por medio de impresiones que de él reciben los sentidos, y la intelectualidad, sentimiento y conciencia moral procedente de lo más puro del Espíritu superior, divinal, que mora en nosotros».

«Como quiera que el cuerpo fluídico es el instrumento y vehículo de que el Espíritu se sirve para exteriorizar en el alma sus manifestaciones, necesita que aquel sea de naturaleza muy fina, muy pura, pues en caso contrario, el espíritu queda como ahogado y sin poder dar muestra de sus excelentes facultades. Pero hemos de tener siempre presente que la naturaleza del cuerpo fluídico depende muy directamente, por la estrecha é íntima relación que con

él guarda, de la naturaleza del cuerpo orgánico, y que en el modo de ser de éste la alimentación es uno de los primeros factores».

«Muévese la voluntad del hombre á impulso del deseo, de manera que los deseos son los determinantes de los actos de la vida. Hay dos clases de deseos ó solicitaciones: los procedentes de la animalidad, orgánicos, y los procedentes de la espiritualidad, estéticos, intelectuales y éticos. Si son imperiosos los primeros, ahogan y sofocan en el alma á los segundos sin que apenas den muestra de resistencia».

Si el hombre viviera más en armonía con la Naturaleza, aspirando continuamente aire puro, alimentándose casi exclusivamente de los frutos de la tierra, tal como ésta los produce, y tomando por bebida únicamente la que ésta le brinda (el agua) el cuerpo orgánico no sentiría y no llevaría al alma otros estímulos, ni otros deseos que los conducentes á satisfacer en sus justos límites sus necesidades, experimentando al efectuarlo el goce delicado y puro que dan los sentidos cuando no están atrofiados ó falseados, mas no sería esclavo de la gula, de la bebida, ni de la lascivia, y el cuerpo fluídico, constituído entonces de materia más etérea, serviría de admirable vehículo para las radiaciones del espíritu. En la voluntad imperarían entonces más los deseos de orden espiritual, de afectividad, de intelectualidad, de bondad!... y se desenvolvería la vida del hombre en ambiente de esfera más superior y más propia» . . . .

. . . .

«Cuando vemos dar á los niños carne y vino creyendo los padres que así se crían sanos y fuertes, duélenos grandemente, porque mantienen la naturaleza de las criaturas en estado febril permanente y despiertan en ella de modo anormal y prematuro solicitaciones y deseos impropios de su edad, y que

les hace contraer hábitos perniciosos que minan rápidamente su existencia». . . . .

. . . .

Del artículo «Higiene Natural» por el Doctor E. García Gonzalo.

En el número siguiente continuaremos copiando algo más del «Mensajero Naturalista.»

***

Hemos tenido también la satisfacción de recibir los números 548 y 49 del Quincenario Teosófico, «Luz Astral» (de Casablanca, Valparaíso, Chile), cuya publicación, que lleva de existencia 16 años, viene repleta de excelentes enseñanzas.

***

En vista de los nuevos derroteros de la Ciencia, cabe preguntar: ¿Qué se hizo de la teoría aquella de *los átomos inelasticos é indivisibles?*... ¿Aunque con paso remiso, se aproximan las nuevas teorías científicas á las antiquísimas de la Teosofía? Véase lo siguiente, que publica en su Nº 441 *El Mundo Científico*, notable Revista semanal de Barcelona, que nos favorece con el cambio.

«Física».

«Paso del estado líquido al sólido».

«Si se observa con un microscopio la superficie de un metal líquido ó fundido, se ve que presenta una estructura celular que recuerda la de los tejídos vivientes». (¿Pero es que no viven á su modo los metales?) «Se ha comprobado esta estructura celular en los cuerpos amorfos como el vidrio, la gelatina y el colodión, pareciendo que es la estructura normal de los cuerpos amorfos minerales ú orgánicos».

«En los cuerpos en vía de cristalización, la es-

tructura celular se combina con la estructura cristalina. A los globulitos y las células poliédricas se ajustan los cristalitos».

«Se concibe la vida de los cristales empezando por un estado embrionario de una célula análoga á la célula viviente, para llegar al estado adulto de los cristales definidos. Para los metales se distinguen las células primitivas ó metaloblastas, de las células conteniendo un gérmen cristalino, llamadas *cristaloblastas*».

«Química.» «La materia y las teorías ionísticas.»

«Se admite hoy día como rigurosamente científico que las moléculas se hayan constituidas por la aglomeración de partículas más pequeñas llamadas *átomos* y que éstos, con un compuesto de otras partículas aun más pequeñas llamadas *electrons*.»

«Del estudio comparado de la densidad de los cuerpos al estado gaseoso y al líquido, se deduce que un milígramo de hidrógeno contiene 144 trillones de moléculas.»

«Los *electrons* y los *ions* se hallan animados de rápidos movimientos de rotación y sus trayectorias son circunferencias ó elipses, pudiendo afectar en los gases al estado libre movimientos rectilíneos, parabólicos ó hiperbólicos.»

«La rotación ionística da nacimiento á un campo magnético, que depende de la carga y de la velocidad de desplazamiento de los *ions*.»

«Así que se interrumpe ó restablece bruscamente el movimiento ionístico, se producen ondas electromagnéticas.»

«Los fenómenos conocidos de la *electrolisis* permiten afirmar que el átomo metálico posee una carga positiva que le es propia, mientras que el átomo metaloide posee una carga eléctrica negativa, carga que es diferente por los átomos de los diferentes cuerpos simples y característica de cada uno

de ellos. El átomo metálico encierra á la vez *ions* positivos y *electrons* negativos, teniendo los primeros una acción predominante sobre los segundos; é inversamente, el átomo metaloide encierra *electrons* negativos, cuya energía cinética y polaridad negativa, son superiores á la de los *ions* positivos que también contiene.»

«Según esta hipótesis, los *metales* dotados de intensas afinidades químicas como el potásico, son constituídos por átomos, cada uno de los cuales tiene un núcleo alrededor del cual circulan los *ions* positivos, y más lejos los *electrons* negativos; y al contrario, los metales dotados de débiles afinidades químicas, como el platino y el uranio, sólo encierran un mercurio limitado de *ions* positivos y por ello es débil su carga positiva.»

«Los *metaloides* se caracterizan por *electrons* negativos vecinos del núcleo, y de *ions* positivos más lejos. Los primeros presentan una energía cinética elevada en los metaloides dotados de vivas afinidades químicas como el fluor y el cloro, siendo los *ions* menos activos. En el oxígeno, hidrógeno, carbono y nitrógeno, sus afinidades químicas y constituciones ionísticas difieren de las de otros cuerpos, pareciendo que poséen una enérgía cinética muy elevada y una polaridad atenuada.»

«La *radio-actividad* es la consecuencia de una verdadera disociación ionística de los cuerpos simples. Puede admitirse que por una temperatura igual á la del centro del sol, producida por la acción de choques intensos, todos los cuerpos sufren una completa disociación ionística, que no es más que el cuarto estado de la materia en el que los *ions* y los *electrons* se hallan en libertad. Así que la materia ionística es lanzada desde el centro del sol á la periferia, el descenso de temperatura que sufre le permite efectuar un estado de equilibrio ionístico de-

terminado, que corresponde á cualquiera de los cuerpos simples.»

«Los actuales conocimientos sobre la constitución ionística de los cuerpos simples, se limitan á los que nos dan la electrolisis y el análisis espectral.»

«La *atomicidad*, base de la química actual, probablemente no es más que una propiedad secundaria de la materia. Al lado de la *cohesión* química ó atómica, existe otra que es molecular, y esta cohesión ó *adherencia* es de origen físico, por oposición á la primera, que es de origen químico.»

«Estas teorías ionísticas, son aun incapaces para explicar los fenómenos esenciales, bases de la física y de la mecánica, como el éter, la electricidad y la gravitación, y quizás se llegue á demostrar que el electron es un compuesto de partículas aun más pequeñas.»

ZULAI

Ivdo: Indio de mente pura
Vida que Makdú quiere.

X...

(*Continuación*)

Y el sol ejerció su benéfica influencia. Sus tibios rayos bañaron á Zulai en efluvios suaves, haciéndola sentir bienestar y consuelo.

Levantóse tranquila y con una determinación: iría donde el Cacique, á rogarle que despertara á Guaré de su letargo. Antes de dirigirse al Palenque pasó frente á los ranchos de los tzugurs; de uno de ellos salió un indio viejo, corpulento, con mechones de hebras blancas que salpicaban su negro cabello: le interceptó el paso y con un gesto imperioso de silencio, la hizo retroceder y seguirlo donde yacía la anciana, la miró con compasión y le habló así:

—¡He oído tus lamentos, oh Zulai! He visto desde un agujero de mi choza correr tus lágrimas, y perderse en el eco tu dolor; no me acerqué á tí porque no podía prodigarte consuelo, pero escuché tu humilde oración al Sol y me enterneció tu plegaria. Oye: tu madre ha sido transformada en *bucurú* (maleficio) por la mano poderosa de Kaurki, mas si crees que de algo te sirve Yurán, el fiel amigo de tus padres, manda, que él te obedecerá.

Y aquel indio corpulento que ejercía el cargo del sacerdocio, en íntima comunión con Zulai, compartió su dolor. Ella aceptó sus consuelos llena de agradecimiento y resolvió ir en busca de Ivdo para pedirle consejo. Bajó la pendiente, llegó al río, por el mismo sendero que aquella alborada había recorrido, y allí encontró á su amante. El corrió en su busca, ansioso por saber alguna nueva, y al

notar en su semblante las huellas del sufrimiento la dijo con ternura:

—Qué te aflige?

Como contestación la niña se echó á llorar: había sufrido tanto, que las lágrimas brotaron á raudales, mitigando la pena de su oprimido corazón el cariño de su Ivdo, quien la atrajo á su lado y consoló como á un niño.

Entre sollozos y frases vacilantes escuchó de aquella boca querida la triste historia de Guaré, tal como se la narró Yurán:

—«Después de haber conseguido en Dorien Mamita Guaré las provisiones necesarias, y de haber charlado con los amigos, salió del poblado; pero al atravesar la plaza, frente á la piedra de sacrificios, encontró al Cacique con algunos de sus vasallos. El la preguntó á dónde se dirigía, y ella le contestó que ya se marchaba á su casa, y continuó su camino. Pero Kaurki insistió en dirigirle de nuevo la palabra requiriéndola por no haber traído con ella á Zulai, á lo que respondió que ella dejaba á su hija en libertad de venir ó no. Encolerizóse el Cacique y le aseguró que si no la conducía pronto á su Palenque, se vengaría. Y porque la madre indignada desafió tal amenaza, él se irguió, acercóse á ella y abusando del poder hipnótico que poseía, la miró fijamente por largo espacio de tiempo, (en que ella no pudo defenderse) diciéndola imperiosamente así:

—Permanecerás bucurú, hasta que tu hija venga en tu busca.

Cayó Guaré desplomada sobre la piedra de sacrificios formando un arco su espalda, y en un profundo sopor del que aún no despertaba.»

Abismado escuchó Ivdo el relato y guardó silencio, expresando en su semblante, todo el desprecio que le inspiraba tan baja acción. No quería participar á su amada sus siniestros pensamientos; y ella respetó su dolor.

Joven, valiente, decidido, se rebelaba ante tanta crueldad é injusticia; la idea de venganza se apoderó de su ánimo é hizo renacer vigoroso, el viejo odio que de antaño guardaba á Kaurki. El vencería á este enemigo que le arrancaba á su amada la dicha. Sí... él triunfaría. ¿Pero cómo? ¿Sería acaso peleando cuerpo á cuerpo como tantas veces lo había hecho con pumas, tigres, ú hombres salvajes? ¿Vería él caer á sus pies, derribado por su hacha al cruel Cacique que volvía á ponerse en su camino? ¡No!

esto no podía ser! El era un extranjero, no tenía á su lado á sus valientes que le defendieran, sólo Zulai y el fiel Yurán lo querían. Había que buscar otra solución á ésta desigual pelea. Y viendo que de nada serviría la fuerza bruta, optó por echar mano de la intriga, y de la audacia.

Rápido para ejecutar como para concebir, se levantó de su asiento, pasó su mano por la frente como para alejar cualquier duda que se presentara, y con semblante demudado, mirada resuelta y con voz apasionada y breve, se dirigió á su amada preguntándole:

—¿Zulai, tú me quieres?

—Qué pregunta la que me haces, Ivdo, cuando sabes que es tuyo mi amor. ¿Que si te quiero?: más que á mi vida... Amo mi existencia porque alcanzo á ver un porvenir dichoso que pasaré á tu lado, pero... si quieres ésta existencia... tómala, que á tí te pertenece.

—Basta niña, basta. Sé que me quieres; pero escucha, que de tu resolución depende nuestra dicha y la de tu madre. Y acercándosele al oído le habló en estos términos:

—Zulai, eres todavía muy joven, y nada sabes de las maldades del hombre; si un deseo turbulento le domina, perturba su ser, y para lograr su intento no omite medios por bajos que ellos sean. Me pesa decírtelo; pero comprendo cómo debe codiciarte Kaurki, cuando ha pactado con los malos espíritus transformando á tu madre en *bucurú*, al saber de tu esquivez é indiferencia. Comprende el malvado que tú al notar su ausencia llegarás en su busca, y éste momento lo aguarda él con sed ardiente para enseñarte todo su poder y amedrentarte, exigiendo ser tu dueño á cambio del despertar de tu madre! Esto pretenderá el Cacique infame... y... yo... me hallo impotente para evitar tamaño desastre... Pero no te abatas mi Zulai... Aguarda... ¿Recuerdas aquella leyenda que te enseñó tu madre cuando estabas chiquitita? Recuerdas cómo en el principio de las edades, el espíritu de la Luz, del Bien y de la Justicia triunfó sobre el espíritu de las Tinieblas y la ignorancia, llenando á Dorien de bendiciones? Así triunfará nuestra causa, porque es justa y santa. Y perdón pido á *Sibú Divo* (Dios Sol) si en estos momentos tengo que valerme de la audacia para hacer caer en el lazo al vil monstruo! Mejor quisiera acercarme al Palenque, buscarlo en su hamaca y hundir en sus entrañas todas mis flechas... Pero entonces me harían pedazos sus vasallos y nadie perduraría para

salvar á mi Zulai. Por tí debo sacrificarlo todo, é inmolar en aras de la conveniencia mi vanidad, este legítimo orgullo que quería conservar intacto... Todo debe sucumbir... Y tú, mi amada... acércate al Cacique; sólo en sus manos está devolver la salud á mamita Guaré... Y cuando el odioso te pregunte si serás su mujer, tú le debes decir... que... sí. Pero óyeme: no te intimides entonces... Yo te adoro... piensa en mí en ese instante y ten presente que la india más franca, más ingénua, tiene en lo recóndito de su ser un arma que le asegura la victoria y de la cual no debe hacer uso sinó en raras ocasiones: la audacia... Al condescender obtendrás la vida de la viejecita que yace en tan terrible estado. Y no hablarás á nadie de tu Ivdo, guardarás secreto nuestro amor y sólo Yurán será tu confidente. Pero no te aflijas mi Zulai, ¿para nada me tienes á mi? ¿Piensa esa cabecita adorada que yo la abandono? Jamás. No perderé mi tesoro sinó á costa de mi vida... Deja que se engañe Kaurki y con él la turba; pero aguárdame que yo llegaré por tí el día de tu boda antes que el sol se oculte... Nada preguntes, nada temas: espéralo todo. Si no me ves, es que vagaré errante por las selvas preparando el curare que ha de envenenar á ese monstruo.

Ivdo, exaltado, se levantó del lado de su amada, y comenzó á recorrer el terreno de las cercanías con paso agitado. Tenía la cara lívida y gruesas gotas de sudor bañaban su frente.

Ella comprendió la tempestad que rugía en la vibrante y apasionada naturaleza de su amado, y dominó su pena para llamarlo con süave acento y atraerlo de nuevo á su lado. Le envolvió en su cabello, y prodigándole ternuras, con voz emocionada le dijo:

—No temas, Ivdo; yo te obedeceré. Creo en tus palabras y confío en el Espíritu del Bien que guiará mis pasos, ayudándome á sufrir valerosa. Pensaré en tí siempre y ansío la tarde de mi boda para ver hundirse el Sol y recibir la luz que tú darás á mi alma!

Parecía una iluminada! Su tez broncínea estaba radiante; sus ojos grandes, muy abiertos, miraban algo no terreno; su cabello flotaba con la brisa como los musgos de los altos cedros, y su semblante resignado y triste revelaba el dolor con que aceptaba este irremisible camino, en espera de alcanzar luego la dicha deseada. Ya no lloraba.

Ivdo la miró sorprendido. ¡Qué extraordinaria nobleza

la de esta su amada Zulai, que contrastaba tanto con la generalidad de las indias de Dorien!

—¡Hija de Guaré; aventajada discípula de Yurán, bendita seas! ¡Que el Sol alumbre tus pasos! Que nunca se contamine tu pura alma del aliento vil de Kaurki. Sigue adelante. Yo te salvaré. Dijo Ivdo esto en un arranque de entusiasmo, y quitándose del pecho un amuleto de oro que siempre usaba (fig. B.) lo ató al cuello de su amada.

Ella observó encantada la prenda y la apretó contra su pecho en señal de cariño; luego se miró desconcertada: nada tenía que darle á Ivdo que simbolizara su amor; extendió la vista á su alrededor, y reparó en que muy cerca, al alcance de su mano, entre las lianas, crecía una planta trepadora de sombrías hojas y ostentando flores encarnadas de belleza sin par; arrancó una y la ofreció á Ivdo: —Tómala, le dijo—y acuérdate de Zulai.

Era una estrella de monte, una fragante y preciosa pasionaria, cuyo perfume delicioso y süave, trajo á los sentidos del amante, el aroma que emanaba del joven cuerpo de su amada. Cuando levantó la vista, Zulai había desaparecido.

VI

Volvió la niña al lado de su madre, tan transformada que no parecía la misma. El fiel sacerdote cuidaba de la anciana y cuando preguntó ansioso qué había resuelto hacer, ella le contestó:

—Voy á acercarme pronto donde Kaurki, para pedirle que devuelva la vida á mi madre, y como pedirá alguna recompensa, yo tendré que obedecer sus mandatos... Seré su mujer, aunque le odio; es consejo de Ivdo y yo creo en él... Pero, no pongas esa cara tan espantada... tú no sabes cuánto me adora... (y bajando algo de tono) vendrá por mí la tarde de mi boda cuando el Sol se oculte. Es un secreto, pero tú eres el único confidente!

Pronunció estas últimas frases con acento tan lastimero y tembloroso, como haciendo un esfuerzo supremo por dominar su pena, que Yurán se alarmó. La hizo recostarse en la hierba cerca de la piedra de sacrificios y logró hacerla descansar. Cuando notó que se quedaba dormida, vigiló su sueño.

El descanso entonó aquella privilegiada naturaleza y la preparó para entrar serena á la lucha.

VII

Con pie seguro y llena de valor, se encaminó unas horas después al Palenque. Atravesó la plaza y como á unos quinientos pasos de allí, se halló frente al espacioso terreno rodeado de cañizo que cercaba la vivienda del Cacique.

Entró resuelta: algunos vasallos la miran extrañados, pero ella no se intimida.

Kaurki, perezoso, dormita recostado en una amplia hamaca de vivos colores; un indio alto, delgado, casi desnudo, con las flechas listas, (situado en el lado izquierdo,) cuida de una arca grande de madera donde se guardan los tesoros de la familia real. Ojea con desconfianza á la niña, avanza como obstruyéndole el paso y la pregunta con altanería, qué quiere.

—Quiero hablar con Kaurki.—Al eco de esta voz se incorpora el Cacique, mueve nervioso la hamaca, frunce el ceño, abre y cierra varias veces los ojos, y tras un grosero bostezo le dice con burlona sonrisa.

—Qué busca aquí la hija de Guaré?

—Busco ¡oh Kaurki! tu clemencia! Busco la vida para mi anciana madre; los espíritus maléficos la han transformado en bucurú, y tu poder imploro para que lo extiendas y compadezcas á una hija desgraciada!

—Hola! Conque en mansa paloma se ha tornado la caprichosa cervatilla? ¿Se acerca hoy á mi Palenque la altiva Zulai? ¿La que esquiva venir á Dorien para que yo no la vea? y quiere ahora que la proteja, que la favorezca? ¡Insensata! Si de mi esperas compasión... más te valdría no haber jamás buscado albergue bajo mi techo!

Se levantó y golpeó con ímpetu el suelo en prueba de su cólera.

Zulai se sintió tambalear; no estaba preparada para esta repentina bravata, pero comprendió que perdía terreno si se dejaba atemorizar, se abrió paso por entre una gran turba de vasallos que ya la rodeaban en actitud amenazante, y con el pensamiento fijo en Ivdo y sus consejos así imploró acercándosele:

—Perdona, Kaurki, á la caprichosa chiquilla de ayer, para agradar á la mujer de hoy! No hagas caso de las niñerías de una india casi salvaje; oye los ruegos de la hija que tiembla por la vida de su madre.—Más bella aún en postura suplicante, llegó casi al lado del Cacique y continuó:

—Mejora á Guaré. Eres grande, rico, feliz, sé también generoso, y Sibú te recompensará allá en el cielo.

La influencia persuasiva de Zulai iba subyugando al Cacique. Su ceño desapareció; entrevió una esperanza favorable á sus intentos, y cuando la niña llena de entusiasmo le pedía la dicha para ella y su madre, él, astuto, tramaba hacerla caer en un lazo.

—Y si curo á Guaré ¿qué me ofreces tú en cambio?

—Qué puedo darte, oh mi Cacique, que valga tanto como la salud que devuelves? Soy pobre. No tengo tesoros... pero... mira: todo cuanto hemos heredado de mi padre prometo solemnemente que pasará á tus manos.—Nuestra choza, que aunque humilde, es grande y cómoda; el jardín medicinal de mi madre que contiene plantas milagrosas; las tierras que poseemos, llenas unas de milpas y otras de cacao, las antiguas armas de piedra, los guijarros pintados... y (viendo el enojado gesto con que recibía las ofertas) me troncharé el cabello, que dicen es hermoso, y te lo daré.

Indignado le contestó:

—No quiero tu rancho, que como ese poseo centenares de qué disponer á mi antojo; ni tus sembrados, que tengo muchísimos en mis extensos dominios; desprecio las armas y los guijarros, que mi arca está repleta de oro y valores, no siendo lo tuyo ni una gota en el mar de mis riquezas... Sólo quiero, Zulai, tu cabellera, que es hermosa como la noche, larga y brillante; la quiero para en ella extasiarme; pero no la acepto desprendida de tu cabeza, nó, (y acercándose mucho) la quiero, niña, unida á ella, y exijo tu cabeza unida al cuerpo. Te quiero á tí toda, quiero que seas mi mujer y que se cumpla el sueño de mi vida... y si tú no me quieres... tu madre será bucurú hasta que la vida se apague en su débil cuerpo.

Zulai se estremeció. ¡Cuánto énfasis en sus frases! ¡Cuánta amargura en sus amenazas! Su última ilusión cayó hecha pedazos por la pasión desbordada de este hombre cruel, y entonces... haciendo frente á lo irremediable, contestó:

—Sea; yo seré una de tus mujeres, si destierras esa maldición y purificas de bucurú á Guaré; pero... pronto, no dejes para mañana el devolvernos la dicha.

VIII

Magnánimo á los ojos del pueblo inconsciente, pero vil é interesado á los de Zulai, se mostró aquella tarde el Cacique de Dorien.

Con prontitud reunió á su pueblo y se trasladó á la plaza. Una curiosidad grande mezclada de terror se reflejaba en aquella gente que pronto había de presenciar algo extraordinario. Miraban alternativamente á la infeliz Guaré y á Zulai, anhelante á su lado.

Kaurki se acercó lentamente; se agachó sobre la anciana, colocó sus manos sobre su rostro, le hizo unos cuantos pases misteriosos y luego, mirándola con fijeza, le gritó imperativamente:

—Despierta, Guaré, ¡yo te lo mando!

Respondió á este mandato una manifestación de vida en el cuerpo de la anciana; el rígido arco desaparece y ella cae sobre su dorso. El semblante se anima, y adquieren sus párpados una vibración apenas perceptible.

—Ya no eres bucurú, levántate.

A esta segunda frase, ella abre sus ojos de mirada vaga, los fija en él, se incorpora y luego ayudada por su hija se levanta.

El pueblo abismado ante el poder de su jefe, le aclama entusiasmado; él, con aire desdeñoso y despreciativo se aleja volviendo las espaldas á sus protegidas. Toma el camino del palenque y toda su turba le sigue.

Solas quedan madre é hija; se miran con inteligencia y una sonrisa de agradecimiento dulcifica el semblante de la primera. Comprende bien que algo extraordinario le ha sucedido y que á Zulai le debe su vida; pero nada pregunta. Se deja conducir por ella y llegan pronto al rancho de Yurán.

Las recibe éste con franca alegría lamentando que por causa de la ausencia de Hianté, su hermana (que había quedado al cuidado de la casa de Zulai, en el Coebí) no pudieran ser bien atendidas. En esta vivienda tranquila pasan el día compartiendo con el dueño su alimento.

En la noche, cuando ya se recogían, oyeron rumor de voces y vieron acercarse un pelotón de gentes del pueblo con teas encendidas á la cabeza de un tzugur.

Zulai tembló. ¿Sería posible que ya mandasen á reclamarla? Y sus presentimientos no fueron engañosos; Kaurki enviaba á buscarlas.

Obedeciendo sus órdenes siguieron al puñado de gentes que las condujo á un rancho amplio, separado del Palenque donde las esperaba. Le hallaron nervioso, y con mirada escudriñadora las observó, saludó con un imperioso «buenas noches» y las colmó de atenciones, mostrándoles el rancho con sus utensilios y comodidades, sin olvidar llenarlas de valiosos regalos con que pretendió deslumbrarlas.

—Todo esto es para tí Zulai, pero contéstame delante de tu madre, ¿serás mi mujer?

Ella, infeliz, que se sacrificaba por la salud ya recobrada de Guaré, no tuvo más remedio que contestar afirmativamente. Abismada quedó la madre al ver tan repentino cambio, y temió que la chiquilla se hubiese dejado seducir por las riquezas.

Aquella noche cuando Kaurki se alejó, todo quedó concertado: se casarían dentro de tres días.

Antes de dormir, quiso Guaré tener alguna explicación con su hija, pero la encontró tan poco comunicativa que desistió, y apenas se conformó con advertirla de los sinsabores de la vida y darle consejos.

¡Cómo sufrió Zulai al escuchar silenciosa, esa voz suave y cariñosa! ¿No debía ella acaso confesarle toda la verdad? Así tal vez podrían escapar juntas y huir lejos de Dorien y de ese odioso prometido! Pero nó, ella debía callar; al descubrir su secreto se desvanecería el mérito, por lo tanto, debía escuchar y aprobar. La fe la sostendría, esa fe ciega en su amado Ivdo!

Llena de confianza en el porvenir, dejó transcurrir estos tres días; y cuando veía los preparativos de fiesta y oía el alegre bullicio que armaban los servidores de Kaurki, cuando entre sorbo y sorbo de chicha festejaban las vísperas, cerraba sus ojos y se transportaba al lado de su amante, le veía allá en el fondo de su alma y se hacía la ilusión que él había de ser su dueño.

IX

Llegó la mañana temida. Dorien estaba de gala. En el templo dedicado al Dios Sol se ofrecían sacrificios á los dioses. El tzugur predilecto, Adaum, dirigía la ceremonia. Los fuegos sagrados se encendieron, é inmediatamente apareció Zulai radiante. Su cabello suelto resaltaba sobre la manta de colores vivos en que estaba envuelta y ceñía su frente el collar de las águilas de oro, regalo del Cacique.

Kaurki con la corona de oro y plumas, braceletes y collares de jade, caites vistosos, etc., parecía feliz.

Sumisa, obediente, mas con tristeza profunda, cumplió Zulai su papel; pasó por todas las ceremonias, con esa resignación sublime que la hemos visto tener en otras ocasiones.

Vino luego la fiesta; los cantos, por no decir gritos, y la característica danza, que en toda ceremonia importante formaba número principal del programa.

Los caciques también tomaban parte activa en el holgorio, y Kaurki, que no conocía la sobriedad, no sólo bailaba, sino que bebía sin medida y siguiendo su ejemplo el pueblo, se emborrachaba.

En sus ebriedades este rudo jefe siempre hacía alarde de valor, y en aquel día insistió con terquedad, en buscar rival entre sus amigos; creyó encontrar desconfianza ó duda entre sus oyentes, y picado en su vanidad retó á un acaudalado pariente á ir con él á la selva, luchar cuerpo á cuerpo con una puma ó con un tigre para vencer, probando su fuerza y arrojo, y traer la fiera como trofeo, á su bella Zulai.

Nadie chistaba ante los mandatos de Kaurki.

Al poco rato cesó la fiesta. Las mujeres volvieron al Palenque, y el pueblo en desordenados grupos, siguió al Cacique y los grandes hacia el bosque. Allí, internándose cada vez más en la espesura buscaban sigilosamente los rastros de la caza. De pronto uno de ellos percibió huellas frescas de danta, y al lado las hondas y bien marcadas señales del tigre. El entusiasmo subió de punto; redoblaron sus pesquisas, corriendo cuidadosamente entre breñas y llanuras hasta llegar fatigados al playón de un río, en cuyas orillas perdieron las pisadas de las fieras!

Contrariado por su mala suerte y detenido por la corriente, se encolerizó Kaurki, plantándose á esperar allí hasta ver aparecer á su víctima al alcance de su flecha. Entre los juncos y zarzales se escondió.

Cuando ya se impacientaba, vió llegar por la ribera opuesta, una cierva, que saliendo de la maleza, y mirando recelosa á todos lados, se acercó á beber agua. El la midió, y disparó su flecha con tal acierto que le atravesó el corazón. Saltó el animal con nerviosa presteza, y en su brinco calló hacia atrás exhalando doloroso bramido. Pero toda aquella fuerza muscular volvió á manifestarse en su postrera energía vital: se incorporó y su instinto la forzó á huir al charral, donde calló de nuevo para no levantarse más: estaba muerta.

El cazador, atravesó ligero el río, llegó al lado opuesto, y corrió á recoger su presa. Se precipita sobre ella entrando al charral, y ya la palpa, ya con sus fuerzas hercúleas va á levantarla en peso, cuando una bocaracá le aprisiona una mano entre sus venenosos colmillos inoculando la muerte en sus venas.

A su grito de dolor, corren á socorrerlo sus servidores y lo llevan á Dorien en busca de medicamentos, y antes de podérselos aplicar, le hallan moribundo.

Ya le hemos visto al principio de esta narración en la sala real del Palenque. Conocemos la historia de la joven india que de manera tan forzada es su esposa; sabemos las pruebas dolorosas á que ha tenido que someterse Zulai, y pudimos penetrar sus pensamientos, (mientras se extinguía poco á poco la vida de Kaurki), abriendo un paréntesis, que ahora cerramos.

Sigamos á la infeliz criatura á través de la senda escabrosa por la que irremediablemente tiene que pasar. Oiremos sus tristes quejas, y apreciaremos la nobleza de esa alma nacida para purificarse en el dolor.

X

Ella no sabe si Kaurki agoniza realmente por veneno de vívora como dijo la multitud, ó si es el curare que Ivdo le prometió reunir en las selvas para emponzoñar las entrañas del monstruo, el que hace su efecto. Por eso, después de hacerse tantas reflexiones de sus pasados días,

vino este tumulto de encontrados sentimientos y amargas dudas á agolparse en su mente ofuscándola con siniestras visiones.

El silencio de la estancia es sepulcral. El moribundo apenas suspira. Por la puerta del Palenque, se filtra incierta luz; la tarde llega á su fin, y el sol va á ocultarse ya, tiñendo de rojo el espacio.

La figura de Zulai, agachada sobre el agonizante, imprime á la escena un sello de misteriosa belleza: la luz que se extingue, envuelve su perfil en tonos indecisos de reflejo y sombra; todo es soledad y tristeza. De repente un bulto aparece en el umbral de la puerta, se desliza á lo largo de la pared y se confunde en la cuasi obscuridad de la estancia. A los penetrantes ojos de la india no se le oculta la figura de un hombre alto que trae en la diestra un fuerte mazo de piedra; su aspecto es feroz, tiene erizado el cabello y demudado el semblante. Ella le reconoce: es Ivdo. Está trastornado, ha perdido su belleza, los celos han hecho de él un hombre-fiera. Va resuelto á raptar á Zulai aunque para ello tenga que matar á Kaurki. Nada sabe de la agonía del Cacique y ofuscado por un solo pensamiento, oculto por las sombras, se acerca en actitud terrible *al waa-ko* (lecho real). La impresión que produce en la niña es tan viva, que se queda muda; no pudo articular ni una sílaba. Le mira con vehemencia, ve que levanta su brazo y mide la distancia entre éste y Kaurki, pero momentos antes de que descargue el arma sobre el moribundo, le lanza ella tal mirada de terror, que sin hablarle le suplica, le pide clemencia con sus expresivos ojos y aquella energía sugestiva, plegaria suprema del pensamiento, paraliza el brazo de Ivdo que cae desplomado al lado de su cuerpo, y éste también se doblega, permaneciendo en humilde postura unos segundos... Luego ambos escuchan un suspiro profundo... es Kaurki que muere.

En voz muy queda vienen las explicaciones. Zulai habla y su.acento es la viva expresión del dolor. Ivdo, abrumado, la pide perdón. Ella deja caer la cabeza en el pecho de su amante y él le dice con énfasis:

—Zulai, *ye-ra-kur, tyng-wa-yu*, (Zulai, amada mía, ven) El Espíritu del Bien nos protege; no tuve que manchar mis manos en sangre para obtener mi premio. Ven: aquí todo son tinieblas, tristeza y muerte... Allá te aguarda la luz,

la vida y mi amor. Ven: el Sol se ha ocultado ya; hoy es el día de tus bodas.

Y ella le contesta llena de ternura:—Sí Ivdo, sí, tuya soy. Llévame lejos, donde no llegue á mí ni el más leve recuerdo de estos fatales días de angustia. Quiero descansar, quiero estar siempre á tu lado...

Se desata el collar de águilas de oro que ciñe su frente, y lo deposita sobre los restos de Kaurki, diciendo;

—¡Descansa sobre tu dueño, collar brillante! Mis sienes ardían á tu contacto; no quiero sino lo que es de mi amado, y deploro que al ser adornada contigo esta mañana, la caricia abrasadora de sus manos cayó sobre mi cabellera, y la siento contagiada por su contacto!...

Se disponen á salir, cuando aparece cerca de ellos Hianté, con paso trémulo y aspecto temeroso, y cruzando las manos, en tanto que escucha hacia el exterior con interés vivísimo, murmura:

—¡Ivdo, Zulai, dáos prisa! Seguidme... por esta puerta de escape. Velaba por vosotros. Yo os salvaré del peligro que ya cernía sus negras alas sobre vuestras cabezas... Gracias al buen genio que os defiende estaremos á salvo. Pronto. No os detengáis...

Huyen y una vez que llegan cerca de la casa de Mamita Guaré, continuó la fiel amiga:

—Ahora sí ya podemos hablar: mi hermano Yurán fué por mí al Coebí, y aunque no os he visto, de lejos he pensado en vosotros. Me he confundido entre el pueblo y también he oído todo lo que hablan los grandes!... necios... se fían de mí porque me ven gibada y me creen tonta también! Mejor... Por eso me impuse de sus intrigas y pude escuchar la acusación que el sanguinario Adaum, el preferido del Cacique muerto, vertió al oído de Irzuma contra tí, mi querida Zulai.

El ruin enemigo de Yurán murmuró: «Zulai ha infringido los ritos sagrados, cometiendo el sacrilegio de no abandonar al agonizante cuando nada ni nadie lo puede salvar.

Sígueme Irzuma, y te convencerás de que debemos castigar tan tremenda osadía, con la pena mayor.»

Cuando se disponían á sorprenderte yo corro al Palenque, os advierto, y os traigo conmigo á la casa de Guaré: entremos... (Luego, mirando hacia atrás y extendiendo sus brazos, continuó.)

¡Oh! Adaum, hijo de las tinieblas, qué terrible chasco te espera!...

Llegaron nuestros tres fugitivos al rancho, donde aguardaba la viejecita á Zulai, con lumbre encendida, á cuyo reflejo se veía desde la entrada su figura interesante y patética, sentada en actitud de espera y resignación; no había tenido valor para ir á buscarla pasando sobre los sagrados ritos que tanto respetara, y en aquella quietud dejó correr las horas, sin acordarse siquiera del alimento. Pensando siempre en aquel Palenque odioso, abstraída en sus penas estaba, cuando al sentir pasos levanta nerviosamente su cabeza y contempla delante de sí á Zulai. ¡Qué inmensa alegría reflejó su marchito rostro! Pero no viene sola;—observó—le acompañan Hianté y un extranjero. Este, en tanto que Hianté y Zulai se gozan contemplando la alegría de la anciana, se le dá á conocer estrechándole con filial cariño las flacas manos entre las suyas, fuertes y vigorosas.

No interrumpamos las escenas de íntima dicha que tuvieron lugar en aquella humilde choza, donde palpitaron al unísono los corazones, y veamos qué ocurrió en la sala mortuoria del Palenque, después de la huida de Hianté y sus jóvenes protegidos. Apenas acababan éstos de salir, cuando un tropel de indios en cuyos rostros se mezclaban los rasgos propios de la indignación y la amenaza, penetró desordenadamente en la fúnebre estancia, llevando en alto teas encendidas. Iban capitaneados por Adaum y seguidos por Irzuma.

Cuando hallaron la estancia ocupada solamente por el cadáver de Kaurki, no tuvo límites el rencoroso despecho del ruin tzugur. Escudriña ansiosamente todos los rincones y, al verse chasqueado, sólo piensa en tomar pronta venganza, idea que se acrecienta en él más y más, en tanto que Irzuma le reconviene, recomendándole mayor sinceridad y menos pasión, y sale ordenando con imperioso ademán despejar la estancia.

Volvemos á encontrar á la anciana Guaré dichosa con la vuelta de Ivdo, al cual regala con substanciosa cena, sencilla colación de la que participan luego las tres mujeres, escuchando atentas los mil pormenores de la vida del valiente amigo. El puso en autos á Guaré del misterioso encuentro con Zulai y de sus secretos amores y proyectos, contándole reservadamente todo lo concerniente á la cruel-

dad de Kaurki, el sacrificio de Zulai para libertarla del horrible *bukurú* en que el tirano cacique la sumiera, y por fin, el providencial desenlace de tantas maquinaciones y esperanzas.

En vista de todo esto, la anciana, recobrando su acostumbrada energía y resolución, se dirigió á Zulai diciéndole así:

—Tú, hija mía, eres merecedora de que el valiente y generoso dueño de tus amores te acompañe y conduzca por el sendero difícil de la vida. Tus hermosas cualidades tendrán su premio. Déjame meditar.

Y aquella noche, hasta muy tarde, reunidos todos al rededor de la lumbre, estuvieron discutiendo y acordaron el mejor plan de conducta que para el logro de sus proyectos habían de seguir.

Los funerales del Cacique Kaurki revistieron la pompa que en la tribu se acostumbraba emplear en casos análogos. Corrió la chicha después de terminados los sagrados ritos. El Gran Usékara, arrogante, bien posesionado de su alta dignidad, presidió las ceremonias, á las que concurrieron sin faltar uno, todos los tzugures y suquias, reuniéndose en la sala real del Palenque, desde la cual fue conducido al bosque el amoratado y repugnante cadáver regio en unas andas, seguido de la multitud entre la cual caminaban Zulai y Guaré...

Cuando llega el cortejo ante el árbol sagrado, se detiene á la voz de un tzugur, y tras breve descanso, son colocados los despojos en un camastro de paja envueltos en hojas de bijagua y caña blanca; amarran luego el conjunto con bejucos y lo depositan bajo una enramada en alto, donde debe quedar durante doce lunas para que en ese tiempo desaparezca la carne de sus huesos y queden éstos limpios para conducirlos á su última morada, donde quedarán definitivamente sepultados entre sus joyas, sus cacharros y sus esposas, el día de la gran fiesta de los huesos.

La espectativa del día en que, terminado el plazo fatal debiera ser sacrificada Zulai á las bárbaras costumbres de su pueblo, pesaba sobre ésta y los suyos con abrumadora tristeza, no obstante la resolución de substraerse á ella, según lo acordado en el rancho de Guaré aquella noche de la muerte de Kaurki.

En virtud de un especial permiso concedido por Irzuma,

el heredero de Kaurki, volvieron Zulai y su madre al Coebí, alejándose dichosas de Dorieu. Hianté, Ivdo y Yurán las siguieron, y este último sancionó secretamente la unión de Ivdo y Zulai y les ofreció continuar prestándoles apoyo en los contratiempos que les pudiera ofrecer el porvenir.

Días de inexplicable dicha pasaron los jóvenes desposados entregados como las aves á vagar entre las selvas cantando sus amores, y recorriendo aquellos rinconcitos que cuando niños les abrigaron de los recios chubascos, ó de los dardos del fulgurante rey de los cielos durante las horas de la siesta. No quedó nido, ni flor, ni alto picacho, ni arroyuelo alguno, por aquellos alrededores, que dejaran de recibir las alegres vibraciones que emanaban de aquellas almas tan arrobadas en su dichoso edén... Pasados los primeros arrebatos se dedicaron juntos al cultivo de la tierra, trabajo en el cual empleaban las mejores horas del día; y era de ver la alegre expresión de sus rostros, cuando cansados de cuerpo, pero ligeros de ánimo regresaban á su casita, en la puerta de la cual les esperaba sonriente la bondadosa mamita Guaré.

Hallábase Ivdo un día cortando con su hacha de piedra el tronco de un árbol corpulento, del cual pensaba servirse para renovar los viejos horcones que sostenían el rancho de Guaré. Zulai admiraba su varonil desenvoltura. El tronco cedió al fin y ambos corrieron para librarse de ser por él aplastados. Crugió el árbol, saltó de su tronco y al chocar con la tierra, un ténue fulgor se desprendió de su ramaje en el mismo instante que algunos estampidos, repercutieron por el bosque, de eco en eco, quedando inmóvil el abatido cedro, y dejando en el ánimo de los esposos penosa impresión. Al restablecerse el silencio, se oyeron á lo lejos algunas voces. Ivdo temió que alguien encontrara á Zulai en su compañía en aquel apartado y solitario lugar, y la ocultó con arte bajo el frondoso ramaje caído, observando que del charral vecino salían cuatro indios. Aunque armados según la costumbre, su actitud parecía amigable: avanzó uno de ellos hacia él diciéndole al llegar:

—*Boi-na koñg* (buenos días).

—*Boi-na koñg*,—contestóle Ivdo.

Era el recién llegado un joven de agradable fisonomía, de mediana estatura, anchos hombros, adornada su cabeza con vistosas plumas, sartas de semillas de vivos colores

y colmillos rodeándole el cuello y el desnudo pecho, envuelto de la cintura á las rodillas por un ceñidor de mastate, calzando caites de piel de puma, y armado de lujosos arco y flechas.

—Qué haces aquí?—dijo á Ivdo.

—Corto unos horcones para mi rancho.

—Creo conocerte... Quién eres?

—Yo soy Ivdo.

—Ivdo? (y entornando sus ojos, como apelando á un recuerdo). Ah! sí... tú eres Ivdo, aquel que buscando aventuras se marchó de Dorien. Sí, cuando nos conocimos te odiaba mi tío Kaurki. ¿Por qué era eso?

—Lo ignoro. Yo jamás lo desobedecí. Siempre me persiguió sin motivo, y según decires, por odio á mis padres.

—Dime, ¿recuerdas tú á Irzuma?

—Irzuma eres tú.

—Sí, lo soy, contestole afablemente éste. Yo soy Irzuma el cacique y no te quiero mal: *Be ya-mi, etso-si* (soy tu amigo).

A poco de tan original encuentro habían entrado señor y vasallo en amigable intimidad, y éste, á ruego de aquel, refería algunas de sus aventuras y mencionaba los adelantos hechos por él en el arte de la escultura, la fundición y la cerámica, que aprendiera allá en tierras lejanas.

—Ya había recibido noticias de tus habilidades, díjole Irzuma y celebro haber tenido la suerte de encontrarme hoy contigo porque necesito de un hombre de las condiciones tuyas para encargarlo de la organización de los trabajos de adorno para el día de la fiesta de los huesos.

—Siento, Irzuma, decirte que yo no sirvo para eso. No he nacido para subordinarme á nada ni á nadie; pero si quieres, déjame ejecutar alguna obra libremente, en piedra ó en oro, y quedarás satisfecho.

Aceptó la oferta el cacique, complacido del carácter resuelto de Ivdo, le pidió que bajase pronto á Dorien recordándole que ya cuatro lunas habían trascurrido desde la muerte de su tío. Dispuesto para partir agregó :

Zulai hu weng ikwón yu? (Donde queda el rancho de Zulai?)—Tengo que avisarle á la viuda y su madre que vuelvan al poblado para que ayuden á tejer petates y á pintar cerámica.—

Ivdo, disimulando su ansiedad, le explicó donde quedaba la chacra, y el camino que á ella le debía llevar.

¡Transida de terror, salió la infeliz Zulai de su escondite desde el cual había escuchado, sin perder palabra, la conversación de que se ha hecho referencia!

¡Ya se vió desterrada de su encantado paraíso, lejos de su amado, y enterrada viva en el día terrible de la fiesta de los huesos! La vuelta al poblado era la separación, porque el permanecer allí reunidos era infundir sospechas inevitables! ¿Y cómo podría ella vivir sin su Ivdo, la luz de sus ojos?

—Vás á abandonarme, Ivdo mío, si vamos á Dorien?

—¡Jamás Zulai! Entraré á tu rancho, durante el silencio de la noche, cuando sólo la pálida y triste *Siwa* (luna) será testigo de nuestro amor! ¡No te inquietes!

Aquella noche después del crepúsculo, una claridad de luna nueva alumbró el camino de nuestros amantes.

Marchaban lentamente hacia su hogar arrastrando sus trozas!

Pasaron dos meses sin dar cumplimiento al mensaje de Irzuma; pero repetido que fue, hubo que abandonar el ranchito en que reinaron la dicha y la abundancia por virtud del amor y el trabajo. Al internarse en el *yemi i-shku koñg-kar*, (camino de la montaña) corrieron las lágrimas de Zulai mirando hacia el abandonado albergue.

El bondadoso Yurán les tenía preparada vivienda, contigua á la suya y los recibió con muestras de verdadero cariño en Dorien.

Ivdo, que no aceptó el ofrecimiento de habitar con Irzuma en el Palenque, pidió un rancho solitario, y se dedicó á ejecutar el retrato en escultura que recordara la cabeza de Kaurki, esperando siempre las sombras de la noche, para volver donde su compañera, de cuyo lado se alejaba al amanecer, antes que el Sol se levantara. Y ella empleaba el día en pintar raros cacharros de barro cocido, usando curio de diferentes matices. La disposición de los dibujos corría de cuenta de Yurán versado en el simbolismo religioso y su representación tradicional, añadiéndoles indicaciones de Ivdo que Yurán aceptaba con admiración.

En varias ocasiones se dieron cita los contrariados amantes, para llegar por diversos caminos al árbol sagrado del bosque, lugar poco frecuentado á causa del terror supersticioso que producía el cadáver de Kaurki.

Cierto día, cambiaban en aquel sitio sus impresiones y proyectos para eludir el terrible destino que les esperaba.

Ivdo estaba sentado puliendo las facciones del Cacique en el bloque de piedra, que ya iba á terminar; su posición inclinada le separaba por completo los collares del pecho, y Zulai que lo contemplaba, reparó en una honda cicatriz que él tenía sobre el pectoral derecho.

—¿Qué señal es esta Ivdo?

—¿Esta?—dijo él mostrando el lugar.—Mi madre, que era muy bella aunque ciega, me refería que fue una marca que me hizo mi padre cuando yo era niño, recomendándole decirme que su sentido había que buscarlo allá, por donde sale el sol.

Zulai examinó atentamente el ancho tatuaje hecho por dos líneas negras así: + luego añadió:

—Ivdo mío: esta señal debe ser agradable al Buen Espíritu y yo le presto adoración, porque siempre que Yurán me ordena pintarla me dice que es cosa muy grande su significado. Trazada por tu padre la miraré siempre en tu pecho como un mensaje que él nos enviara desde el país de las almas, allá detrás de las colinas, donde el sol se hunde todas las tardes.

El retrato de Kaurki fué grato á los ojos de Irzuma (fig. C) y en pago de él le hizo regalo de varios terrenos, recordándole la promesa de labrar una figurilla de oro.

No tardó Ivdo en dar cumplimiento á su promesa. Con pepitas de oro que él mismo recogió entre las arenas de uno de los arroyos de los montes de Dorien, ejecutó una pequeña obrita que era la expresión de un soberano tal cual él lo concebía: sin lujosos mantos de plumas, sin flechas, sin collares ni brazaletes, coronada su cabeza por dos grandes plumas levantadas, como símbolo de la elevación del ánimo, y entre ellas un yunque en el que debían resonar tan sólo los martillazos dados por la inteligencia, la energía y la bondad.

Zulai, encantada de la obra, la tuvo sobre su cabeza algún tiempo antes de que le fuese entregada á Irzuma. Este disimuló la impresión que el idolito le produjera; lo admiró, pero comprendiendo la amarga lección que su simbolismo encerraba.

Se sintió herido por ella, y no obstante, le dió al autor las gracias más expresivas, y le hizo contemplar la gran cantidad de figuras, cacharros pintados y lujosos tejidos que para la gran fiesta tenía reunidos ya. Durante el tiempo que invirtió en esta tarea, consiguió olvidar la impre-

sión del choque que le venían produciendo, desde hacía largo tiempo, las genialidades y la independencia del carácter del artista aventurero; pero al despedirse de él, aquella impresión revistió imponentes proporciones.

Un acontecimiento, de muy antiguo anunciado por la tradición popular, vino á distraer á Irzuma de sus afanosos cuidados respecto de la Fiesta de los Huesos. Fué éste la invasión de Dorien por una tribu guerrera, que comandaba la poderosa reina Kirabéi. Ya los osados invasores pisaban los llanos del Tapiri, cuando tuvo el Cacique noticia de ello, y lleno de indignación, se aprestó á la lucha; pero consultada la voluntad de los dioses, los augures sagrados previnieron de la inutilidad de la defensa contra un acuerdo del destino, de orden inevitable. Y en efecto, la experiencia demostró cuán estériles resultaron los sacrificios de aquellos que desoyeron tal consejo.

De allí á poco los guerreros de Kirabéi, que dominaban por doquiera, no esquivaron sus enlaces con las hijas de Dorien, y durante el tiempo de su dominación, costumbre, lenguaje y creencias, sufrieron esenciales transformaciones. Construyeron sus hogares de manera diversa que los indígenas; cambiaron los sistemas de cultivo; introdujeron abundantes variedades de cereales, flores, frutos y animales de especies desconocidas, tanto como útiles al hombre. Un día, declinando el sol que alumbrara la grandeza del pueblo de Kirabéi, desapareció de Dorien despidiéndose sin rencores ni quebrantos la tribu invasora de los indígenas, entonces ya sus hermanos, para volver á los antiguos lares; é Irzuma tornó á ser dueño único de su herencia.

Se aproximaba el día de la fiesta. Faltaba solamente una luna para dar solemne sepultura á los huesos del Cacique Kaurki, cuando Irzuma tuvo el disgusto de saber que no se encontraba Ivdo en Dorien. Había partido de la población sin dirección conocida... Por qué?...

Ordenó que se hicieran averiguaciones del hecho por medio de la anciana Guaré á la que de vez en cuando solía visitar el artista, y resultó que ni ella ni Zulai se encontraron tampoco en su casa...

¿Qué ocurría? Irzuma se sintió sin darse claramente razón del por qué, mordido por el áspid de los celos.

Amaba á Zulai y en silencio habíase trazado el plan que la haría su esposa en lugar de ser sacrificada en honor de

Kaurki. Ahogando su despecho, envió sus servidores en busca de los ausentes y multiplicó los espías; pero el fiel Yurán puso en juego también sus poderes para dar aviso á sus protegidos del peligro inminente en que se hallaban, y avisados á tiempo, volviéronse madre é hija por un lado, en tanto que Ivdo por el opuesto, del lugar lejano, adonde aprovechando los cuidados de Irzuma, habían ido en busca de curio para pintar, y con el fin de estudiar á campo abierto, sus definitivos planes de salvación. De manera que, vueltos todos á sus residencias, y cambiadas reprimendas y excusas todo pareció quedar en paz, no obstante, que en algunos corazones ardía, el fuego de la ira y el despecho.

¡Qué hermosos días los que pasaron nuestros jóvenes amigos en busca de sus tierras de color! Qué sorpresa la de la apasionada Zulai ante la magestad imponente de los volcanes, el desolado aspecto de los páramos y aún más, al encontrarse ante el lago de Kuedí de tan pocas indias conocido!

Ivdo, en una vieja canoa, se deslizó á través del lago y por un estrecho canal cavado entre rocas llegó hasta la gruta en que se encontraban extensas vetas de curio, amarillo á su derecha, rojo á su izquierda, negro á su frente y luego más allá blanco, de todos los cuales recogió la cantidad necesaria y volvió á sorprender con ellos á su amada. Antes de separarse de la orilla del Kuedí, refirió Ivdo á sus compañeros de viaje el siguiente pasaje que había recogido, hacía ya largo tiempo, de labios de una anciana que vivía en aquellas soledades:

«Aquí pereció una india salvaje, víctima de su vanidad. Era pobre, y no pudiendo contemplar su rostro en planchas de ningún metal bruñido, tomó por costumbre sentarse sobre una rama caida que se internaba en el lago, desde la cual se miraba en las azules ondas. Una mañana se recreaba en la adoración de su imagen, orlada por el marco ostentoso de sus cabellos, cuando el Ircó envióle á uno de sus hijos en forma de fuego: extendió éste sus garras que se enredaron en las sedosas hebras flotantes de la cabeza de la india, y tirando de ellas arrastró á la infeliz hasta el fondo del líquido elemento. Todavía suelen escucharse á ciertas horas de la noche los gemidos de la india, que no ha muerto.

***

Una noche apacible, en la que los cocullos centelleaban entre el perfumado follaje como tratando de rivalizar con la profusa cantidad de luminares que llenaba los cielos, sentados en el suelo del jardincito de Guaré, en Dorién, Ivdo y Zulai cambiaban sus impresiones. Ella reclinaba su cabeza sobre el robusto pecho de su amado, y corrían de sus ojos lágrimas en abundancia. ¡Era la víspera del temido día!

Rodeaba la acostumbrada cerca de cañizo, el jardín, y el imprudente amor y la osada juventud, no previeron que detrás de aquel frágil parapeto y entre el espesor de la enramada, estuviesen algunos oídos atentos y pendientes de sus palabras; pero, sí lo estaban: que el vengativo Adaum había logrado hacerse acompañar de Irzuma, para que oyese lo que él ya conocía por propia experiencia, y el Cacique se negaba á creer, esto es: la confirmación de los atrevidos amores de la joven viuda de Kaurki y del aventurero desconocido, que tan altos había puesto los ojos. Contemplábanse los extasiados esposos, sosteniendo ternísimo coloquio, trazando sus hermosos planes del porvenir, cuando un ahogado gemido los sacó de su abstracción.

—*¿Ye-cha Ivdo, i-shtsé?* (¿Has oído, Ivdo mío?) ¿Por qué he sentido un horror tan espantoso...? dijo Zulai estrechándose á él ansiosamente. Parece..., agregó, que el mortal aliento de los genios del mal hubiese tocado en mi pecho.

Ivdo la escuchaba anheloso en tanto que, su oído sútil de indio, tomaba nota hasta del más leve susurro. En esto, cuando ya se disponía él á calmar la ansiedad de Zulai, más bella ahora que nunca á sus ojos, añadió esta con acento de angustia suprema: ¡Sálvame, sálvame, amor mío!

Una carcajada siniestra apagó el eco argentino de la voz de Zulai, que falta de apoyo cayó en tierra, porque Ivdo, con un salto de pantera se lanzó al exterior, de donde pronto volvió lleno de tristes presentimientos en busca de Zulai á la que procuró tranquilizar.—No había nadie, miedosilla mía,—le dijo: Hemos sido juguete de malas artes. Los genios burladores que viajan cubiertos por el velo de la no-

che, quisieron amargar nuestra dicha y tal vez se gozan maliciosos, viendo correr tus lágrimas que caen una á una en mi corazón. Serénate: levanta tu cabeza atrevida, que resplandece envuelta en la luz de la Zulai de los cielos, que pálida te mira asomándose por entre los lejanos picachos de la montaña, para avisar que ya debo partir.

—¡Así, amor mío! Escúchame bien: Mañana no me verás, porque yo no festajaré los huesos de Kaurki. Pasado mañana, espérame confiada y nada temas.

(Continuará)

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, y que actualmente cuenta con más de 600 Ramas extendidas por todo el mundo, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta, al entrar á formar parte de la Sociedad, cuales son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige á cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros, la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía á este propósito: «Si hablás de la TEOSOFÍA, contesto que, así como ha existido eternamente á través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA.»